

«SHABAZZ» CON ABADDON

A Ernesto Sábato, con admiración.

A Tírso de Frutos, con amistad.

Los necios alaban lo que no comprenden.

MIGUEL DE CERVANTES

Fui salamandra en sustentarme ciego.

FRANCISCO DE QUEVEDO

*Un escritor argentino es tan descendiente
de Berceo y de Cervantes como un escritor
de Madrid.*

ERNESTO SABATO

NO TODA ES VIGILIA LA DE LOS OJOS ABIERTOS

Aunque es cierto que Lucas Sicardi cruzaba por los días de claro en claro y, en sus noches de turbio en turbio, se dedicaba a cazar notas musicales. Ponía sobre el giradiscos los círculos, se hacía la idea de deambular aún por la ciudad e imaginaba los neones. Casi siempre, terminaba sugestionado mediante la música, jazz de todas las épocas. Creyéndose en *Hot Club*, recordaba a su amigo Winkler, muy bebido. Tocaban *Autum Leaves* cuando uno de los empleados roció el ambiente con un insecticida fortísimo. «Las moscas muertas», rió Winkler, colocándose en posición de ejecutante. Pero este otoño las hojas no acababan. El calor, el sudor frío en el rostro y las manos, el dolor antiguo del costado, hacían todavía que la espera fuera más angustiada. Se levantó de la mecedora cuando sonó el automático y, meticoloso, limpió Shabazz (1), giró el mando, comenzó a romperse el silencio.

TENÍA QUE ESCRIBIR UNAS PAGINAS SOBRE SABATO

Pero la cuestión era cómo. Entre objetivismo y subjetivismo, a Lucas Sicardi se le atragantaban los juicios críticos, los largos comentarios sin humor ni amor. Prefirió escuchar la endiablada batería mientras rememoraba. En los últimos años, debido a una serie de acontecimientos, no tuvo demasiado tiempo libre, obsesionado por salir de la ciudad. Después, aquella casona inmensa tuvo que ser acondicionada. Hacía pocas semanas que disponía del estudio y hasta hoy estuvo colocando los libros y los discos.

(1) Shabazz. Disco Atlantic distribuido por Hispavox. HATS 421-165. Madrid, 1975. Billy Cobham, percusión.

HABÍA RECIBIDO POCAS CARTAS Y NINGUNA IMPORTANTE

Aunque sí un comentario de una vieja amiga, invitándole a escribir de un modo menos elitista. Anotó en un folio:

«En realidad amada no escrito todavía mi libro debes entender mi postura pues nunca escribí nada para ti o al menos única y exclusivamente para ti por tanto puedes guardar tus opiniones incluso cuando yo mismo te las pida que nunca suelo mira y fía de lo dicho por otros al respecto y en fin que no me preocupa demasiado tu opinión tu teoría sobre el arte para pueblo llano o arte del pueblo así como arte para iniciados arte elitista dejemos el asunto pues nunca creí en música para grillos o en literatura para analfabetos eso es lo que creo preferirías hiciera.»

EN LA PENUMBRA PODIA ESCRIBIR

Lo había hecho en peores sitios desde luego, incluso en el cuartucho de la pensión, lleno de cucarachas. Seguía pensando y escupiendo vocablos sobre el folio:

«Cuando ciertos críticos apoyan con rimbombantes palabras su tesis dicen Schönberg Bartók Stockhausen Xenakis y luego añaden y no ceden ah sí la más bella música desentendida de problemática espiritual ah música pura socialmente estéril ah imbéciles críticos apocalípticos críticos pedantescos siguiendo sus ondas siguiendo su parla veremos que Joyce no cumplió funciones y acaso que Proust consiguió únicamente un gratuito enorme despilfarro de tiempo perdido.»

ESTOS SERES SIEMPRE HABLANDO DE SABATO

Y cada día estoy más convencido: no leyeron más que malentendiendo y, además, suponiendo que leyeran a Sábato. Recordaba Sicardi a un tucumano que, afirmando haber leído a Sábato, comenzó su retahíla inconexa y autosuficiente hablando de la Maga, del músico negro creado por amor a Coltrane y, por tanto, llamado muy lógicamente Johnny. «Debe haber más de un Sábato», había gruñido, entonces, Sicardi. Pensó en el Bruno de Cortázar y en el Bruno de Sábato. Pensó en el *Sabato* de Abaddón, ese *Sabato* sin acento ortográfico.

En fin que el amor y la gloria no son compañeros y existen desde siempre horribles lectores.

Continuó añadiendo en el folio, ahora ya sin cuidado.

«Ay de la música convertida en sierva / ahora que escuchas saxos y desgranadas / lágrimas y traspies andas con fuego / sueñate poco mira tu mirada».

Anotó únicamente para terminar el rito cotidiano. Aparece viejo su cuerpo antes de reconciliarse con la existencia. Intenta dormir después de tanto tiempo («me gustaría estar dentro de una caja de música no en un ataúd»).

ARTE DEL PUEBLO, ARTE PARA EL PUEBLO

Continúa volteándole la vigilia, obligándole a divagar:

«La cabeza, me duele la cabeza. O el hígado. Adivina. Después de tantos siglos hablando del corazón y de la luna, ahora resulta un poco cursiloteo volver a las andadas. Si las enfermedades, incluidas las venéreas, hubieran podido descubrirse a tiempo, no se hablaría del milagro de ciertos bardos que, seguramente, jodían, padecían, por ejemplo, sífilis. Debido al *business*, ahora todo se embrolla: lo mejor es cuando la veo desnuda y hermosa, a veces con la falda a medio muslo y el cabello en esa especie de cascada limpiísima, oliendo como huelen los perales de su terruño, el membrillo en septiembre. De todos modos resulta un inconveniente. Pienso como si estuviera escribiendo y me fastidia bastante. Debe ser una deformación. De veras, he de decir por escrito todo esto, mañana, no, mejor ahora, antes de que, como en otras ocasiones, lo olvide. Después de releído debe resultar a distancia. Me diría que no hay tanto camino, que por qué no he ido a recibir sus abrazos. Deja, deja y aguarda, espera tranquila. Prefiero tenerte así, fingida, pero entera, en sombras, pero mía, únicamente mía porque así única eres, recreada eres y muy dentro de mí. Total, perfecta. Que este amor renaciera yo esperaba para sobrevivir. Espera. La barca. Veo que ha llegado a puerto. Ha perdido maderos. Velamen. Pero ya está varada. Jornal de precio justo pagaré. El astillero. Tuyo es. Es tuya la medida. Y bajo el agua tuya, o sobre tu oleaje, escribo porque siempre me rozas; cuando a mi lado yaces con tu pierna en la mía, cuando acaricio en trance tu costado, cuando, como un descuido, me tocas con el pubis, un borbotón de besos se me escapa y estalla entre los libros y la música. Como un vino delgado saboreo tu existencia. Prendida ya en los muros de estas habitaciones, tu nombre se alza y vibra con la aurora. Prolonga así, tiñendo, los ocasos. La herida y el vendaje, la pomada y el bálsamo, dulce recuerdo tuyo donde antes nada había. Ah, duer, duer, duerme. Ahí está ese infame abejorro; fastidio como siempre. Luego el jodido tiempo. Ese insecto está capacitado para convertir en disturbio lo que, hasta hace poco, no ha sido más que silencio roto

por la música: paz. Posiblemente entró por la ventana y tendré que hacerle salir con el pañuelo. Y ahora a ver si encuentro el pañuelo. Olvida el asunto. La cosa está clara. Ahora que hago memoria, su rostro es extrañísimo. Sí, puede que no sea el suyo, sino el de una de Las Hilanderas; no, claro, la de espaldas debió ser tan hermosa que ni Velázquez se atrevió y mucho menos Claudio Rodríguez, aunque Claudio, sin miedo, dijo lo que veía, entreviendo: la camisa, la espalda, el brazo y el destello de las manos, la nuca y el cabello trenzado en limpio moño. Los poetas deben llevar dos mitades en el sitio donde otros llevan el cerebro. No hago más que dar vueltas. ¿Por qué no me tomo un trago?»

ERA CASI DE DIA CUANDO LOGRO CONCILIAR EL SUEÑO

Y había seguido fijo en sus pensamientos, obsesionado, escuchando a Charlie Parker y pensando en *El Perseguidor*, en el Bruno de Sábato y en el Bruno de Cortázar. Se desdoblaba confundido, convertido en dos Sicardi, hasta olvidar su cuerpo.

... pero tras acabar con la botella de «100 Pipers» ya no supo si descifrar la muerte del goliardo Carl Orff o la resurrecta, aunque deshilvanada, figura de un Sábato que se zambullía peligrosamente en un túnel bifurcado: la crisis de la novela y la constante recreación de una novela de la crisis etcétera, ya que él, ya que Giacomo Giovanni Cardisi y Francesca, no era otro que Lucas, Lucas Sicardi, sin saberlo, pues el alcohol gasta bromas pesadas a los tipos atiborrados de árboles genealógicos, teorías macrobióticas, incursiones en la parapsicología y el *body art*, y además, exposiciones, homenajes, conferencias, conciertos, recitales, lecturas. Resultaría obvio —quiero decir, Sicardi, de poder, diría «resulta obvio»— que todo fuera sueño, pero Cardisi y Sicardi no son nombres totalmente simétricos y menos capicúas. Y si Giacomo iba por Leopardi, Giovanni debía ser por Papini, no pudiendo ser menos certero decir que ese Francesca se debería, si seguimos el camino emprendido, al gran Pier della Francesca. Aunque así, la teoría adolece de, es decir, le falta que, porque no puede negarse, por supuesto, lo inaudito del caso: si hubo suicidio, no pudo haber asesinato ni muerte natural. Yo lo veo demasiado claro, tan claro ... en fin, como el agua ... a pesar, como digo, de las aseveraciones de Sicardi, que ahora hubiera añadido alguna frase del refinado W. M. Thackeray, sobre pedantes, añadiendo que los tópicos nos hacen olvidar, que su pasión por el *jazz* nada tenía que ver con el *music business*, que ciertos condicionamientos, en lugar de liberarnos, nos condicionan, jorobándonos, haciéndonos caer en la inmensa trampa del consumismo ...

porque así es Sicardi. Tengo la certeza de que el invento de Cardisi no fue más que un error a la medida de sus sueños. El se equivocaba bastante. Seguramente quiso cargar misteriosamente su sentido onírico y cargó un arma. Tal vez, destino suyo, al cargar esta arma confundió las cajas y, en la recámara entraron proyectiles mortíferos en lugar de balas de fogeo. Si hablamos de asesinato, lo cierto es que Cardisi murió asesinado por él mismo. Si ello no es un suicidio, tampoco está mal para un aficionado. Que Sicardi poseyera en ocasiones, y no es poco, unas ganas terribles de reír y de pasar al cachondeo patafísico, nada prueba en contra de su personalidad: era maníaco-depresivo. La teoría y la práctica nos dicen que existen demasiados seres con esta personalidad conflictiva, individuos de apariencia y conducta normales si estudiamos durante breve tiempo su línea de conducta, porque son, precisamente, los estados de depresión y euforia cíclicos los signos de estas personalidades enfermas por el medio.

PERO HE AQUI QUE EL SEGUIA DORMIDO

Ajeno a todo y sin ocurrírsele que su afición a Kafka iba a conducirle a este agujero. Toda la teoría de su muerte tuvo el alma en vilo —literalmente— de modo que pudo observar con sus propios ojos —extrañísimo: recién nuevos: había desaparecido la miopía, ya se sabe, o la vista cansada tras los años de pensión leyendo bajo la lucecita abominable por miedo a la huésped esférica con ganas de joder la vaina— observó, lo repito, su cuerpo allá abajo, en la cama, rodeado de curiosos, rodeado de imbéciles, rodeado de ... volvamos al hilo del ovillo, la a veces liada madeja nos hace desvanecer y luego todo puede resultar muchísimo peor.

EL TUNEL, EL TUNEL, SE DECIA

Y para distraerse repetía «ciego, m. shio, forfait, águila, pato», recordando a Fernández, intentando cuartetos como las que acostumbraba: por julepe hizo boleta / por berretín una indiada / por manyar chantaje. Y cada / oriyo furle meta». Nunca conseguiría escapar y tampoco sentía miedo. La luz, muy brillante, al fondo, parecía un guiño apocalíptico desde la lejanía. Pero mientras más se acercaba era más grata la sensación y más liviano el camino a vuelo. Vayamos a saber si eso quiso decir Lucas Sicardi, pero algo sí es cierto: comenzó una liantina pegajosa cuando la doctora le golpeó el rostro con violencia, un rostro pálido, pálido, más pálido que nunca: ya es decir. La mujer fonendo preguntó si las había pasado mal.

—Moradas.

Respondió Sicardi. Y moqueó un poquito, exigiendo a continuación la retirada de los curiosos de mierda y la limpieza urgente de la mierda de los curiosos.

Ahora sí: resulta obvio —se dijo— que la doctora sabe algo del asunto, que esto ya le ha pasado a otros antes que a mí. Y ahí la samaritana: que si se estaba bien en aquel lugar, que a ver, que si no quería volver, que si verdaderamente no existe, nunca existió tal lugar —«utopía»: gruñó Sicardi mordiéndose el bigote bajo el embozo—, aunque era cierto: Lucas no quiso el regreso ni el farolillo de la calle en que nació, si se refería a eso.

Ella sonría. Lucas, cada vez más cabreado, logró gritar olvidando la angustia: lo había advertido, juró que no podían hacerle análisis debido a su fobia, a la imposibilidad de ser ñipe y ver y sentir la hipodérmica, a su incapacidad de acerico, a sus frecuentes incursiones en el túnel cada vez que sentía el borboteo rojizo: La doctora no entendía nada, la culpa fue del auxiliar que no lo advirtió en el expediente y por escrito, cómo suponer que ella iba a cometer semejante desatino y darle billete para un punto de destino tan impreciso.

—¿Qué significa ñipe? —preguntó, inquisitiva, psicoanalítica y femenina.

—Leches —gruñó, de nuevo, Sicardi.

—Creí que no era más que puro cuento y por tanto pinché —comentó, insolente, el auxiliar.

—Sí, tiene mucho cuento —dijo otra voz con bata blanca, algo seca, seria, incluso con aire poderoso.

—¡Mierda! —gritó Lucas.

La doctora estuvo un rato junto a persona tan tierna.

A PARTIR DE SU VIAJE POR EL TUNEL

Cosas que pasan. Lucas Sicardi sufrió electroencefalogramas incluidos los tirones de pelo. Huyó de nosocomios, hospitales y afines. Intentó hasta el aburrimiento un suicidio eficaz. Queda claro que no lo consiguió. A cada intento, el auxiliar dijo «puro cuento» sin inmutarse. Más tarde, Lucas Sicardi optó por el retiro permanente, la misantropía, el alcoholismo, una misoginia derivada de su agonía ante la fémina de bata blanca y varios etcéteras.

EL GOLPE QUE NO ME MATA, ME HACE MAS FUERTE

Pobre Nietzsche, casi ¿qué había pasado con la idiotez? ¿No interpretó Kant la Revolución Francesa como el paso de la forma inorgánica del Estado a la forma *orgánica*? He aquí que Lucas Sicardi hubiera preferido tomar drogas duras y cargar la dosis, pero ya se sabe: si para ello debía utilizar una hipodérmica, mierda, ñipe en el pinchazo e inclusive en la *band*, a otro perrito, a otro, con el hueso. ¡Quién fuera orejano!

PORQUE AHORA EN SU RETIRO LA COSA NO VA MAL

Y olvidó los resultados, que la gente, desde la distancia, comenzó a atribuir a descuidos, accidentes, mala suerte, en fin, cosas de la vida.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Y como quiera que le sobró tiempo, dedicó todo su inmensísimo y fértil rato libre a cultivar zanahorias, escuchar más *jazz* todavía (era posible, sí, era posible), cuidar bien (es decir, demasiado mal) el estómago, oxigenarse oliendo a caca de cochino, ir en bicicleta a un paraje solitario para descansar y descubrir en el roquedal pinturas rupestres. Así es la vida: más vale ser mulo. Cosas de la vida. Más vale ser.

Y en vez de un perro tuvo tres: Niebla, Alfa, Equis. De seguir acaba con los fenómenos y cierra el alfabeto.

Y en vez de una pareja de pichones, tomá, unos pollos, gallinas, conejos (paren como no veas), encontré un erizo, viejo; el arpa y la lira, el arca y Noé. Al fin se decidió.

MATÓ Y MATÓ Y MATÓ

Acostumbrándose y sin más. Ya no soltó ni una lágrima cuando hubo de introducir el cuchillo entre la lana, haciendo que el cordero terminara de fastidiar con sus pedos de animal indefenso, a la mitología mierda, al símbolo mierda, aquí hay demasiadas palomas, joder con mis conocimientos ecológicos, ni puta idea, madre que parió al granizo éste jodiéndome calabacines, lechugas, repollos ... no sé, no sé, no sé, creo que una cosa es predicar y diferente es dar trigo.

COMO SUELE DECIRSE

El incidente ha terminado ... la barca (y al final, cuando iba, como siempre a citar a Maïacovski, recordó a Lucho Gatica, a Palito Ortega, a Manolo Escobar —pues pasó un carro— y a un vecino de Orcasitas que tenía gallos de pelea).

CIEGO POR VOLUNTAD Y POR DESTINO

Estoy dispuesto a demostrar subjetivamente, por métodos tan científicos como especulativos, con el objetivismo que me caracteriza, que Lucas Sicardi no ha terminado con sus ataques de furor y de malevolencia. Además: que Lucas Sicardi nunca se pareció, ni por asomo, a Giacomo Giovanni Cardisi della Francesca. Y, debido a, por tanto, habiendo recogido sus arcadas finales, sus últimos estertores y el saldo de su cuenta corriente, me limitaré, a mi pesar, a decir pocas cosas, verbi gratia:

1. Que a Sicardi le gustaban cachilargas y a Cardisi culibajas.
2. Que Cardisi admiraba a Borges y a Sábato, mientras que Sicardi viceversa.
3. Que Sicardi leía a Cervantes y a Quevedo para volver a los contemporáneos.
4. Que Cardisi comenzaba por los contemporáneos y paraba en los clásicos.

Y no quiera decirseme que el orden de los factores no altera el producto. Hay quien mantiene la tesis de que Sicardi y Cardisi son el mismo ser. El mismo ente ficticio. La misma entelequia repleta de pleonasmos según las declaraciones metafísicas y profesoralmente demostradas *volti subito*, aunque un poco *auf wiedersehen* por tontos *a nativitate*.

MONO DE FERIA Y BLANCO DE VERBENA

Sicardi observó el mogollón formado por su ausencia. La milonga levantada por tanto cafisho desembocó en un quilombo huevón. De él nadie se acordaba. Que veinte años no es nada. Ocasiones decisivamente perdidas por una sonsera entre Discépolo, Razzano, a veces un poco de Le Pera, oh, mi siniestra amada. Ahí se apresuraron los cuervos y las grajas para levantar el juicio de sus comentarios. Olvidaron que *él había nacido poeta*, que uno nace en definitiva poeta o cabrón

y, luego, como dijo Droguett, es mismitamente la vida la que termina de afianzarle en más poeta, o más cabroncete, según sea el asunto.

Pongamos *Guitarra Mía*.

MIENTRAS COMIENZA EL GATO

Polqueado. Juiciiiiio. Juicioso juicio. La culpa fue del «boom», nada más que del «boom». (Un tipo hace referencias a su tierra, Pistoya. Sigue un berzas hablando de Pistocchi. Alguien, decisivo, revoluciona el asunto hablando de que, sin duda, Lucas Sicardi se suicidó con una Browning 9 mm. Continúa el armero, que también es fabricante de churros, diciéndonos que un revólver es mejor si su marca Smith y Wesson lo acredita). El jurado quiere saber si hubo suicidio porque tiene prisas. «Acabemos, pibe», y el juez frunce el entrecejo. «¡Orden!», grita mientras el enterrador hace un vaivén con su cerebro de tití.

SI A SABATO NO SE LE HUBIERA OCURRIDO INVENTAR OTRO SABATO

A Sábato no se le hubiera ocurrido llamar Bruno a uno de aquellos personajes. Si a Cortázar etcétera con su Bruno etcétera y su perseguidor y su Johnny. Y si Borges no hubiera hablado nunca de nacedores intuyendo que Sábato lo haría de exterminadores, tal vez Lucas Sicardi y Giacomo Cardisi (abreviando) no hubieran existido, no habría juicio. ¡Todos serían el mismo personaje! ¡Eureka! (Un asistente al juicio, de tendencia Umberto Eco, a días con aspirantes crecidas hacia Carpintero José y, desde luego, lector de Lyons, vomita ante la facilidad perogrullesca de tales interpretaciones: Tzvetan Todorov tendría cierta estructura oponente a esas chorradas.)

PERSPECTIVA HISTORICA MAS PERSPECTIVA HISTORICA

Dice un adelantado. Porque si todos fueran el mismo personaje a qué un lío tan bobo. Todo estaría más claro. A unos les hubiera dado por leer a Gardel y a otros por escuchar Discépolo, digo yo, dicen que dijo. En fin, continúa otro: Si Abaddón y Astarté son iguales, ¿para qué necesitamos a Aammén? Todo esto es edulcorado por un especialista con tratado de demonología en el bolsillo —por cierto: en el bolsillo guarda otras adventicias atorrantes— hasta que, por fin, se escucha la voz desde el centro de la sala. Todo esto y algo

más lo iba repitiendo el fiscal como suele ocurrir, añadiendo avena loca de su cosecha y un antiguo y preclaro olor a pies: sabemos que un fiscal siempre tratará de defender y atacar al mismo tiempo. Por un momento parece, así, sin más, que todo va a aclararse.

PERO EN ESTO FIRON QUE ERA UN AMIGO

De las víctimas (así lo dice, tambaleándose) jura haber conocido a ambos contendientes antes que nadie, incluidas las madres. Dice también que cómo no le avisarían si iban a morirse, pues de siempre supieron que los quería muchísimo. Declara que durante, al menos, veinte años, había tomado con ellos a diario, que desde su primer encuentro, que si un poco de forraje para animalito como él no era nada. La curda. Fue despedido con ovación y bastante cabreo. La ovación, imaginá. El cabreo, como siempre, de un juez que comprobó, por enésima vez el mismo día, cómo ciertos testigos ni fu ni fa, como sus testículos. Llama a otros testículos (se oyen risas y repite: testigos) a declarar legalmente.

SABATO VERSUS BORGES O BORGES VERSUS SABATO

Pronuncia un maniqueo conocido por El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, admirador de ciertos tipejos que escribieron un *best-seller* a costa de o a favor de: pirañas, tiburones, mangantes, capitostes del KKK... Sicardi versus Cardisi. Ha gritado el testigo chileno que llama «coño» al maniqueo y añade algo sobre «concha de tu madre». Al identificarse logra demostrar y demostrarnos, demostrándose, que es un artista: ocurre, como me comenta más tarde, que en la crisis, un *rot* no es más que un roto y la mala educación una sutil apariencia. Por cierto, que el exiliado chileno prepara un pisco suavísimo.

OTROS QUE DESCONOCEN LA SOLEDAD DEL ESCRITOR

El miedo del portero al penal y la angustia del corredor de fondo, gritan al unísono. Luego, voces con castellano de lugares, por ejemplo, morenos, de allende el charco, comienzan declaraciones sucintas. Declaran también otros exiliados. Y ya, no sabemos (¿o sí?) cuándo decrecerá la lista, que parece ser infinita: pintores, literatos más o menos poéticos, lectores de Malcolm Lowry con un pedúnculo vi-

orioso a flor de aliento y en medio del lenguaje, tipos estupendos que hablan de Vallejo y Neruda, de Miller y Faulkner, de Arlt y Onetti, de Martí y Sarmiento: todo en un molotov apasionadamente apasionado. Sicardi (en el menos acá que resulta ser su más allá) sonrío beatíficamente (como dijo el de negro que le extremauncionó).

EL VERBO EXTREMAUNCIONAR NO EXISTE

Añade El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión. Y el purista, tal vez, lleve razón, pero no le hace nadie caso porque resulta pedante y pesado, además de sucio. Porque para llevar razón no hay que haberla perdido. Y no existe nada peor que llevar razón y creerse en posesión de la verdad. No tiene nada en común un artículo con el otro y se venden a precios diferentes.

LLEGAN OTROS AMIGOS Y ENEMIGOS DE SICARDI Y CARDISI

Y entre ellos se acercan un número importante de africanos que —según el maniqueo— han conseguido la independencia demasiado pronto y no saben vivir emancipados. Chauvinismo puro, grita Joaquín T. Ana Huac. Los africanos escuchan las declaraciones del personal. Observan sin emoción aparente. Luego deducen la imbecilidad de la infalibilidad de la justa justicia, exponiendo que todos los reunidos son unos *charlies* y para lo único que están capacitados verdaderamente es para colonizar incluso retretes, además de para inventar gramáticas inservibles. A poco salen de la sala y comienzan a sonreír mientras comentan a voces frases de una xenofobia estúpida: «Trabajo como un negro», para después añadir que el negro es vago y dado a la joda. «Me engañó como a un oriental», para terminar afirmando que los japoneses son inteligentísimos y los chinos también. «Estás haciendo el indio», para añadir que los indios se llaman así debido a un error de Colón y sus adláteres: que si la India es milenaria y sabia (con masoquismo y pudibunda nostalgia del paraíso descubierto por *The Beatles*), que si los sioux no eran tan malvados como los aztecas... Al final, uno de los más jóvenes, ha dejado una pintada en un muro firmada por Frantz Fanon:

¡Una mierda para usted del guapo negro, señora!

y un guardia se acerca diciendo que la cosa puede tener miga.

A TODO ESTO RESULTA QUE ES DÍA DE SAN DIOGENES

Y de pronto aparece un tipo que tuerce la boca como si pretendiera hablar en cursiva; imposta la voz haciendo que suene como flauta o quena; cornea un poco la verborrea hasta que descubrimos la causa: tiene los labios plagados de herpes. Confiesa estar muy cansado. Dice llamarse Yavícoli. Aporta un enorme mamotreto no ya ordenado, sino, además, impecablemente cuidado. Se hace un enorme silencio cuando Yavícoli da algún nombre y dice es el de un amigo desaparecido. Se escucha un grito acallado por un insulto. Cosas de latinos, dice un gringo, como siempre. El carácter del cono, susurra un chingado trepa. Jodidos *manos*, añade el Gran Maniqueo, un godo capaz de confundir un habitante de Tepoztlán con el cholito que nos vendió el pisco. Y eso que nuestro idioma no suele estar envenenado.

YO VIVI DESDE SIEMPRE EN PEDERNERA

Aunque visité a menudo Santos Lugares, dice Yavícoli. Según parece, allí conoció a Sábato y a Joaquín T. Ana Huac, el barbogafoso del fondo, que tuerce la cabeza para no ser observado. Desde luego no sabemos si el barbogafoso utiliza un alias. Es muy posible que así sea. Yavícoli parpadea y muestra una sonrisa inquisitiva mientras prosigue su tarea. El muchacho tiene buen *punch* y lanza un *jab* al personal, esos dublés chabones. De pronto, la cornalina aflora en su rostro. Parece como si quisiera acabar con los fumistas. Yavícoli chanela algo impreciso. En pleno cartel continúa sin abatarse. La parada le es ventajosa y pone las cartas sobre la mesa.

AUNQUE MEJOR HUBIERA SIDO ESCRIBIR MISIVAS

Pues todos sabemos que con la ley, el orden, la justicia y otras cosas de comer, no debe jugarse. Yavícoli comienza su disertación hablando de las líneas Florida y Boedo, cita a Arlt, pasa a Borges, se detiene decididamente ante Sábato, Verbitsky y Pla. Y corrigiendo la figura pasa hacia atrás, entra a Bioy Casares, de éste a Mújica Láinez. Detiene Cortázar y entonces se vuelve hasta Sábato cuando aparece Marechal, desmarcándose de Faulkner ayudado por un lunfardo para iniciados porteños. Cuando la jugada llega hasta el final, detiene James Joyce. El momento más exquisito queda constituido con la comparación de *Adán Buenosayres* y *Sobre héroes y tumbas*, sin que sean necesarios los tratados de estilística integral, análisis

objetivos y estructuralismos de primera mano que Yavícoli olvida en uno de los ángulos, amontonados junto a las sabias indagaciones de Saussure y Lévi-Strauss. Yavícoli nos habla de chantapufis beocios, cita páginas enteritas de *Hombres y engranajes*, recuerda *El escritor y sus fantasmas* para referirse a *Abaddón el exterminador* y, con gesto bastante explícito, mira con complicidad al barbogafoso y especifica su extrañeza ante el caso curiosísimo: todavía existen numerosos lectores «de oído» y así vamos, entre linyeras y piantados, muchísimo *Collected Poems* y Teseliot, algo de Pound, mucho Joyce y Faulkner, aseveraciones sobre Atterbom y Galsworthy con música de fondo puesta por Parker (saxo, no estilográfica). Hay ovación cerradísima e incluso se quiere que Yavícoli comience a dar la vuelta a la sala. Una mujer le arroja una gardenia enorme y aparece el siguiente testigo.

DICE LLAMARSE ZAVARELLI

Ó Zicarelli. Comienza un desmadejado comentario sobre el jazz foráneo y el autóctono, haciéndose un pequeño lío mientras habla de «Cacho» Macrí, «Beto» Washington, «Chingolo» Casall y Jorge Cichero, aunque se le nota en buena onda, enterado y puesto al día. Pasa por *rag*, *cool* y *free* hasta que amanece en *electric* y Miles. De pronto, dribla espectacularmente y retrocede poderosamente hasta Discépolo, Pracánico y Razzano, decidiéndose por tango y no por milonga, por poroto y no por papa, por un «sola, fané, descangayada» antes que por un «cuando estén secas las pilas». Y cuando la rodada comienza su cuesta abajo, se saca maravillosamente de la manga algún tema de Zitarrosa. Mientras, hay quien espera, inútilmente, una salida por el tópico: o Borges o Sábato. El testigo lo único que está dispuesto a explicar es una cosa: Abaddón nunca fue Hacedor, sino Exterminador. Se cabrea un crítico que grita «boludo», recomendándole una lectura de Victoria Ocampo y un paseo por Witold Gombrowicz mientras dice coincidir con el testigo llamado Yavícoli en algunos aspectos de *Heterodoxia* (Yavícoli contesta por alusión y explica que él citó *Hombres y engranajes*). El crítico sagaz dice que, para el caso, es igual. No, no es lo mismo, dice el fiscal, que saca a relucir el fenómeno OVNI y un poquito de gimnasia sueca, así como las ventajas del pan integral. Un megalómano grita ofendidísimo diciendo que él es autor de un «poemario» y que no está dispuesto a (la sala comienza a reír al escuchar lo del «poemario» y Joaquín T. Ana Huac, con un cachondeo subidísimo, dice «¡Cursi!»). El megalómano continúa: no está dispues-

to a y menos a ser insultado, porque todos no valen ni una zanahoria. Al fin se oye «¡Silencio, por favor!», como ocurre en estos casos y hemos visto en los seriales de TV. Continúa el testigo. Recuerda los personajes de *Los siete locos* y el Bruno de Sábato. Se caga humildemente, pero con decisión, en todos los que sacan a colación aquello del Dostoievski en alpargatas porteñas. Dice que debe olvidarse el asado de tira y el compás rezongón de los fuelles, así como el viejo que ceba mate en la puerta de su ranchito. En cuanto a los autores de «poemarios», más vale se decidan por aprender la construcción de endecasílabos en lugar de aburrir al personal con su dolor de muelas descrito en forma de tiritas de diario recortadas, sin ritmo, rima, lenguaje, garra, chicha ni limoná. En fin, decididamente, Zacarelli es partidario del panqueque y leyó varias veces *Don Segundo Sombra*, pero se ríe de quienes pretenden que Borges o Sábato dejen whisky y subte para meter pampa y mate; también se carcajea de los maulas que exigirían «menos jueguito y más seriedad» a Cortázar. Todo marcha bastante bien hasta que se arma un embrollo y saca una dosis dictatorial obligando a dejar el arte por el arte para hacer una apología de la literatura comprometida, humanística, social o incluso socialista. Cuando grita «La cultura está en tremenda, difícil encrucijada», muchísimos asistentes bajan la cabeza bostezando al unísono y el testigo se retira sin pena ni gloria.

BRUNO ESTABA AL LADO

de T. Ana Huac, confundido entre los asistentes. Sale del sitio, pues dice se ha quedado sin tabaco, excusa que va a permitirle orinar. Al poco, alguien pregunta si, efectivamente, el tal Bruno es fumador. En pipa, dice un lector de Sábato que no ha leído a Sábato, sino a los críticos de solapa. El mismo individuo, centro de un círculo formado por filisteos y macrós, habla también del lesbianismo de las féminas sabatianas. Sabatescas. Sabáticas. Joaquín T. Ana Huac sonríe ampulosamente, y cuando Bruno regresa indica que tienen cerca a El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, ese pelandrón de dientes amarillos como margarita sobre perro muerto. El Gran Enterado —conocido también por el Megalómano— dice que a los protagonistas de Sábato parece como si fueran a chuparles el pene de un momento a otro. Desviacionismo, lesbianismo, bestialismo, intríngulis psicológicos, sí, nada de nada, Sábato es su personaje y hace bien, porque para eso es mi amigo, me escribe unas cartas cariñosísimas, continúa, mientras enciende un puro pagado por su Complejo de Edipo, lanza una bufaratada de humo maloliente, pensándolo

bien, Sábado se diluye, se disgrega, se aleja, continúa el chanchito. Porque, definitivamente, poetas como yo —murmura, mirando el techo— quedan pocos. El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión —la alegoría no lo es, cualquier parecido con la realidad no es un mito grecolatino— dice haber conocido a Sicardi y a Cardisi. En fin, ocurre que él es bueno como ángel sin caer y, aunque a veces bebe demasiado, lo hace por sufrimientos que vienen dados desde antes de nacer, no como otros, no como esos viciosos que intentan justificar su alcoholismo mediante argumentos refutables, ah, pero las cosas de la vida. Y continúa hablando desmadrado sobre el suicidio/muerte de Sicardi debido, sin duda, a su amistad dolorosa con Cardisi; claro está que, también, debe tenerse en cuenta el caso de Romy Schneider, para, en fin, entender ciertas cosas; ya saben, Michel Piccoli, menudo actor, Les Choses de la Vie, también Delon y Coco Chanel, sin olvidar a Yves Montand. El barbogafoso no aguanta más y se levanta, imprecándole: ¡Gil! Repite, gil, gafe, enyetado pelotudo. Bruno intenta persuadirle para que silencie, pero imposible, definitivamente tiene ganas de dar un marronazo a ese pendejo, saca a colación fundas y vainas, dice no recuerdo qué sobre Basaglia, Lacan, Cooper y Laing, sobre unos libros de Hays, vuelve a su juicio y vuelve al juicio, pero que conste, añade, que ese tipo no es más que un boludo despreciable, un fetichista, un hipócrita repleto de afán de notoriedad.

EL GRAN ENTERADO DE LA ORDEN DE LA CUESTION

dicen que sí, que conoce al barbogafoso, que nunca le hizo nada. Y cita:

*hacia bien a los bacanes y otarios en un quilombo
esforzándose en hachazos que largaba por laburo*

diciendo «son míos, qué versos más maravillosos». Mierda, rumia el barbogafoso que escucha sin querer. Luego, arroja un pucho de habano al rostro del megalómano gil, que se inquieta y grita haber sido partidario desde siempre de no violentarse, que si así comienzan las guerras.

DICE TAMBIEN QUE LE DEVUELVA EL LIBRO DE FURIO COLOMBO

Por envío postal, pues no quiere ver más a Joaquín T. Ana Huac, el barbogafoso, que ni se inmuta. Luego dice que, de seguir en su postura intransigente, le obligarán a irse. T. Ana, cínico, mordaz, canta:

y te vas, y te vas, y te vas, y no te has ido
y cuando el megalómano de dientes amarillos se levanta, T. Ana, recalcitrante, añade:

espera, la barca del olvido aún no ha partido.

Poco después, viendo que *El Gran Enterado* ni se entera y vuelve a sentarse, casi grita:

te vas porque yo quiero que te vayas...

y ahí el cachondeo de los macrós y Bruno llevándose las manos al vientre, y el fiscal y el juez mosqueados. En fin, cosas, sonseras. Al fin, el megalómeno confiesa: sus «poemarios» fueron corregidos e incluso reescritos por otros poetas de talento y él, a lo sumo, lo único que sabe es hacer la i con una regla: confiesa también que las ediciones fueron pagadas por su Complejo de Edipo. («Además de puta, te pagan la cama», gritaba un macró, que, con urgencia, es expulsado de la sala). El Gran Enterado termina su confesión gritando: «¡Soy un masoca fatal!». T. Ana, medio descojonado por la risa, le dice que vaya a inyectarse hormonas de gorila, ahora que es el centenario de Darwin. El megalómano no baja del árbol: ni se entera.

APARECE VIDAL DISFRAZADO DE PROCER ECLESIASTICO

Y como por encanto desaparece El Gran Enterado junto a dos miembros del jurado. La cosa tiene miga y salsa. Seguidos los tres individuos por Bruno, éste descubre que se introducen en el subte, volviendo a la sala para comentarlo con Vidal y Medrano. El barbogafoso dice que no hay peor ciego que quien no quiere ver.

MAS TESTIGOS DECLARAN SOBRE DIABLOS Y CIEGOS

Entre los cuales merece destacarse un tal Cockshott que, debido a, tiene que deletrear su nombre. Palabras discursivas, interesantes, que me permito citar en su totalidad.

Señoras, señores, miembros del jurado, etc.: La palabra «escritor» goza de un (des)-prestigio funesto. La inconveniencia de pronunciarla refiriéndose a cualquier persona, incluido uno mismo —aunque sea, simplemente, en la comisaría, cuando nos obligan a declarar un oficio cualquiera— nos resulta inaudita. Aunque se trata únicamente de conseguir un número legal de identificación por si nos autosuicida

un energúmeno enconado, el *oficio* despierta reacciones extrañas. Pese al ecumenismo (sonrisas por la pedantería de la aseveración) demostrable de la profesión, vemos el rostro despectivo e irónico, además de siniestro, del burócrata de turno que, por despecho, nos obliga a mancharnos los dedos artísticos y sabios, expertos del hojeo (con hache, debe añadir y añade), enhebrándolos con los suyos y esa siniestra almohadilla de tintorra espesa, indicándonos, a continuación, un montón de algodones y un frasquito de nafta (se escucha un murmullo y alguien grita «¡Gasolina!», como si la policía fuera tonta y el personal imbécil). Observemos (continúa Cockshott, que ni se inmuta) la muchedumbre que, en la cola, se convierte en el ser que va a continuación nuestra en el cajón del matadero. (La metáfora es acogida con gran alborozo por un extremeño autodidacta.) Trátase de un cordial, aunque analfabeto, humanoide, nada limpio, pero dispuesto a gastar su paga del sábado para demostrarnos gentilmente que él, de siempre, ha sido escritor, sobre todo poeta. Nos invita, poco después, a una copa: justo el día que el hígado nos juega malas pasadas por el exceso de la noche anterior. Entre la resaca y el tedio, necesitamos más de jugo de tomate que de un buen escocés, descubrimos que existen individuos pesadísimos y tercos, incapaces de ceder a sus propósitos: si no alcohol, sí comida. Si no comida, paseo. Si tampoco paseo, fornicar. O vagar por el paraíso de chatarra y nylon. Se acaba olvidando todo, incluido el compromiso de escribir unas páginas sobre Ernesto Sábato defendiendo la tesis de. Comemos en un cuartucho jodidamente sucio y plagado de moscas. «Lindo lugar», nos comenta el tipo. «Cojonudo y barato», añade sonriendo y mostrándonos una dentadura horrendamente negra. Al final, nos encontramos en Gijón, que resulta ser Oviedo, pero con más puerto y playa, o en Madrid, en un puti-club de la costa (Fleming) o en Corrales o en Abidjan (*the gate to yesterday and tomorrow*) mirando carteles (*with its capricious tentacles, the lagoon spreads at it were its silvery arms...*) sin entender ni palabra, y menos mal: a veces la cosa va en eslavo. Pues ya locos de atar, subiendo en un caballito mecánico y bajando por la barandilla mediante técnicas de deslizamiento que ponen en peligro los fondillos del pantalón, debido al *Passport* recién importado («No, nada de hielo, que se agua»), nos confesamos interiormente el pecado de la dipsomanía, pero sin quejas, contentitos de ser como somos y nada arrepentidos. Nuestra fama, debido a nuestro amigo de toda la vida desde esta tarde, crece, se acrecienta por momentos, él habla con la chica de alterne, cuenta sin parar anécdotas que, hasta ahora, desconocíamos pese a haberlas protagonizado según sus palabras. Nos vemos ya como futuro Nobel, pese que nosotros

habíamos dicho que éramos un autor novel, ¡bah, ni caso! Después el amigo os leerá un poema que guarda amorosamente en la billetera grasienta, os dará argumentos para una novela (pues siempre se supone que el escritor no tiene ni idea ni ideas sobre su oficio) u os pedirá recomendación para un primo suyo que quisiera trabajar en el Ministerio de Incultura y que tiene dotes no ya de trepa, sino de auriga y lancero bengalí. En resumen: no se os ocurra hablar ni humildemente de vuestros escritos, pues advertiréis sin tregua cuánta gente os ha leído y los tiene, pese a ser inéditos y estar bien guardados en cajones con candados seguros.

AUNQUE NO AÑADE NADA NUEVO SOBRE SABATO

(¿Qué va añadir? ¿algo original también?), baja del estrado contento por su intervención y sube una fémina, mientras se descubre el pavoroso machismo que todo lo envenena, con silbidos, gritos incoherentes, incondicionales, inconexos, inconsolables, incultos, inconsiderados, inconscientes e inconmensurables por no hablar del INRI que hace. La chica, hermosísima, sin más bobadas, dice que se apellida Sercovich. Domina más por su planta que por su sabiduría, pero se hace ver y el público es vencido en el primer *round*. Y dice además: «Menos teoría y práctica, pibes, pues parece que Argentina no es más que ñácate y ché, lofiar laburo, otarios, orientalitas que chamuyen mistongas, milanesas y quilombos, boliches y box. Esos chanchos a mus no se merecen más que chumbos para gaitas.» (Pronuncia otras cosas intraducibles, según dice El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, que pide la intervención de un miembro de la Real Academia Española.)

OLVIDADO EL LUNFARDO CONTINUA DUCE

Un tipo así llamado por ser natural de Florencia y pariente de un primer ministro italiano.

Comienza diciéndonos que, según Basaglia, toda cita es una interpretación, pero que Basaglia, mediante esa cita, está citando a Lukács, que, a su vez, citaba a Montaigne. Volvemos los ojos atareados en aclarar el pensamiento mientras escuchamos la voz de Duce, ese erudito que murmura, chamuya, añade: *de quoi se forme la plus subtile folle que de la plus subtile sagesse* (debido a la postura de los labios, el público queda extasiadísimo) es decir, Montaigne, añade, para seguir:

Porque según Cortázar,

CITANDO ME CITO

(alguna alusión a las casas de citas es añadida por un enemigo de este Duce pedantísimo)

Aunque la imbecilidad de ciertos seres ha hecho definitivamente una porquería con la frase, habiéndose escuchado ya

CITANDOME CITO

e incluso

CITANDOME ME EXCITO

y cosas más siniestras.

NI UNA PALABRA QUE NOS ACLARE SABATO

Dice El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión. Mientras tanto, Yavicolí se queja de los herpes, poniéndose hielo sobre los sufridos labios. Bruno dice a Joaquín T. Ana Huac que debieran largarse, que no aguanta más, que vuelve a tener ganas de fumar. El barbogafoso indica que a la salida, que si no deberán caminar algunas cuádras hasta llegar a «Caminito». La Sercovich quiere acompañar, pero alguien la escucha citar a Thackeray y a Bataille, diciendo que no merece la pena aguantarla aunque sea hermosísima: es una pesada.

EL GRAN ENTERADO DE LA ORDEN DE LA CUESTION

Al ver que sus enemigos naturales se largan con viento fresco, añade algo sobre chigueros y carpinchos, tararea *St. James Infirmary*, aburre a los macrós con una discografía de Coltrane y cuando quiere pronunciar *A love supreme* recibe un golpe en plena boca.

LA CURDA SE PASA, Y LA PALESTRA, EL ESTRADO, LAS TRIBUNAS, ETC.

Van diluyéndose en la mente de Sicardi, que escucha una campanilla creyendo estar aún en ese lugar de muerte, rodeado de ciegos y carpinchos, de etiquetas descritas por Marcel Proust en una pérdida de tiempo, de maquinaria inventada por Raymond Roussel indecentemente inservible. Pero la campanilla es la corriente, es decir, la del despertador. Pronto llegará el lechero y debe vestirse.

NOTA BENE LEE SICARDI NOCAU

Mientras observa la botella vacía de «100 Pipers», nota su farragoso paladar y siente la lengua extrañamente gruesa. No empezó el trabajo sobre Sábato. Saca los libros mientras, obsesionado por el sueño, recuerda los suburbios de la ciudad, cuando leía a Güiraldes mientras los pelmazos le recomendaban *Bomarzo* (que todavía no leyó, por cierto). Ah, Larreta, sí, Liguizamón, Macedonio Fernández... Y recuerda la tarea con Macedonio, con Scalabrini. Sí, Yavícoli, su amigo, que nunca padeció jabón como decía, que estaba fotuto por la situación, comentaba. Madrid había sido una fiesta entonces; si no hubiera sido por personajes como El Gran Enterado —existe, claro, él veía su rostro de imbécil— Yavícoli hubiera seguido con su performance, pues le quedaba todavía la venta de cursos de inglés.

PERO NO BASTA CON SER UN GENIO DE LA PLUMA

Para conseguir crear un *best-seller*. Prepara un *Larousse de Poche* y un birome. Recuerda al viejo cazador conocido por Ernest Hemingway; conocido, sí, en Madrid, por don Ernesto. Ahora se trata de saber quién es ese Cardisi, aunque Freud no vaya a aclararme nada al respecto. Los otros personajes los tengo cuadrículados, sobre todo sé quién es El Megalómano, ese pobre gil, a tope. Por cierto, hoy mismo le devuelvo el libro de Furio Colombo, parece un aviso. No puedo decir que haya sido una pesadilla, pero desde luego no ha resultado agradable. Debo ir también a que me hagan radiografías. Me duele el costado. No sé, pero si continúo fumando tantísimo, bebiendo de un modo tan poco ordenado, acabaré mis días en el hospital. ¿Quién sería la mujer del hospital? Su rostro me es desconocido.

VEAMOS COMO DEFIENDEN Y ATACAN ESOS CRITICOS

Luciferinos, mas sin imaginación. Iblis. La aparición de un diablo nuevo. La antropología. «Un escritor argentino es tan descendiente de Berceo y de Cervantes como un escritor de Madrid.» Pero no ocurre lo mismo al revés. Un escritor de Madrid, casi siempre, desconoce lo ocurrido traspasado el charco. Y eso que, Sábato no usa el íunfardo con desmesura. Necesitaré, tal vez, alguna información sobre esos tres. Demonología. Bah, se trata de explicarme yo, no de explicarme otros. Sábato, sin duda, es un escritor que me interesa.

Pero, ¿cómo escribir, bajo palabra de honor, un juicio objetivo sobre su obra? Si al menos se tratara de otros temas ... Pe5 1/9. El lenguaje científico, diría Berenguer Carisomo. El 45, añadirán ahora los fans, epígonos, discípulos que Sábato no buscaría ni si le resultaran necesarios. Por fin, alguno caerá: que los libros se publicaron cada trece años, que si la bomba, que si las fobias y las filias influyen... todo explicado ya en *Hombres y engranajes*, en *El escritor y sus fantasmas*. Literatura paralela: teoría y práctica. Bataques. ¿Defensores? ¿Y a quién defienden esos mierdas? Se trata de saber si Cardisi es Sicardi, si Cardisi murió o se suicidó. (Se «autosuicidó», me pareció entender: ¿qué me quise decir en el sueño?) El barbogafoso no era yo, pero se me parecía bastante. Si no hubiera sido porque fumaba puros y yo no acostumbro. «La pápira situada en el mangrullo que forma un empedrado de argumentos con chance», eh, ahí está la cuestión del idioma: El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, cuando pretende ser gracioso, muestra los dientes asquerosos entre el cigarro y se crece creyéndose genial. Los versos, no los recuerdo y está bien, pero eran del mismo tipo. Todo entre Kafka y Sábato. Y ese túnel, también.

AHORA LO QUE PRECISO ES UNA BUENA RELECTURA

Pero no tengo muchas ganas. No es necesario escribir un tratado, ni tan siquiera un manual, ni tesis, ni un grueso ensayo, sobre todo porque a Sábato le fastidia el intento de objetividad. De sus admiradores «de oído» sé lo suficiente como para preocuparme. Ya me dieron lata suficiente, sí, suficiente, lo sé desde a...

*COMENZO A DIVAGAR DE NUEVO MIENTRAS PUSO
«HABAZZSHODON»*

y quiso, de nuevo, recomenzar.

*CUANDO SE OYO LA BATERIA CREYO VER A ABADDON EN
EL ALFEIZAR.*

JUAN QUINTANA

Matadero, 4.
Migueláñez.
SEGOVIA.